

AD 248/8



MANUEL MOLINA

MIGUEL HERNÁNDEZ
Y SUS AMIGOS DE ORIHUELA

(TESTIMONIO PERSONAL)

EDICIÓN
ÁNGEL CAFFARENA



Málaga, 1969

Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalupe. Cárcer, 6. Málaga

MIGUEL HERNÁNDEZ
Y SUS AMIGOS DE ORIHUELA

MANUEL MOLINA

MIGUEL HERNÁNDEZ

Y SUS AMIGOS DE ORIHUELA

(TESTIMONIO PERSONAL)

EDICIÓN
ÁNGEL CAFFARENA



Málaga, 1969

Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce. Cárcer, 6. Málaga



*Algún día
se pondrá el tiempo amarillo
sobre mi fotografía.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Y así fue...
N. del E.

PROPOSITO

La aportación de unos datos desconocidos de la vida y de la obra del poeta oroliano Miguel Hernández, es el móvil fundamental de mi trabajo, el motivo que me impulsa a su publicación.

En todo tiempo, desde la aparición de PERITO EN LUNAS, me he dedicado a la divulgación de la obra hernandiana, y en las biografías del poeta que han visto la luz hasta la fecha, está bien patente la información que he prestado a sus autores y la hermandad que me unía a mi paisano.

Mucho y bastante acertado se ha escrito sobre Miguel Hernández, pero creo que todavía no es suficiente, que

falta algo así como el testimonio de alguien de sus próximos, con idénticas afinidades, que cuente de sus trabajos y de sus días de juventud primeriza, de su pueblo, de sus amigos y de su amor por todo lo creado.

Nadie como Carlos Fenoll, el otro gran poeta de su pueblo y de su tiempo, pudiera haber realizado esta obra; pero él ha decidido callar y hace muchos años que en rigor ha dejado de escribir. Entonces, yo, el benjamín del grupo familiar—como el mismo Carlos me llama—, después de pensarlo mucho, por miedo a torcidas interpretaciones, me lanzo a la aventura de describir aquel pequeño mundo donde se inició uno de los más grandes hombres de la historia literaria de todos los tiempos. Este retablo pretende ser una copia fiel de lo vivido y visto por mí durante aquella época. Es posible que el desbordamiento vital de Miguel lo llevaran, en la amistad y en los caminos, por otros terrenos que ignoro.

Y una vez dicho esto, puedo dar comienzo a mi labor.

VISION DE MI ORIHUELA

Orihuela, entonces—hace treinta y tantos años—, era un pueblo antiguo y conventual donde se ocultaban orgulosamente los monumentos arquitectónicos más importantes de la provincia alicantina y las casas solariegas de una aristocracia cuya historia había pasado ya a ser leyenda. Entonces se acomodaban en las calles céntricas el señorío huertano que, todavía, llevaba en su piel el barniz de los cañaverales, el olor a tierra húmeda y el gesto del limón de la azada.

Tiene a sus espaldas Orihuela la sierra de La Muela, el Seminario de San Miguel y en sus faldas los barrios de la pobreza local, el Rabaloché, el Barrio Nuevo y la

Calle de Arriba. Después, hacia el centro, la calle de la Feria, el Paseo, Los Hostales, desde donde se inicia la vuelta a los puentes, que era—y creo sigue siendo—la ronda más castiza de la ciudad. Dos puentes saltan el río Segura y parten en dos mitades el pueblo que lo nombra y lo tiene como su vivero principal. Aguas abajo está la Glorieta, camino de la Vega Baja, y aguas arriba el Santuario de la Virgen de Monserrate, la Monserratica, y más adelante, en la línea divisoria entre el campo y la huerta, el Convento de San Francisco, donde reside NUESTRO PADRE JESUS, Patrón de la ciudad.

Las calles de Orihuela de entonces—salvo las principales—eran estrechas y torcidas, con algunas casas arrugadas y amenazando caer, pero eternizándose en su actitud, saliendo de la sombra al paso de la Semana Santa, que es el gran acontecimiento anual del pueblo. Se presume que por todo esto la localidad, todo su ámbito, tiene un sabor a cera e incienso, un rumor místico y oratorio que la hace especialmente apta para la lírica. Teniendo en cuenta, además, las altas torres y las hondas campanas que se dibujan entre palmeras, que retumban en la tierra fecundísima y blanda de la huerta y en la piedra seca y limpia de la Muela. De la tierra madre les llega a los oriolanos el aire denso de la naturaleza en sazón, el respiro del árbol frutal y el beso de los azahares juveniles que embriagan los sentidos.

AMBIENTE DEL PUEBLO

Orihuela está al pie de una sierra pelada y frente a una de las huertas más ricas de la Península Ibérica. A su derecha y a su izquierda hay tierras hambrientas de secano ardiente, por donde la vegetación se hunde en busca de la humedad. Un aire de nopales y palmeras, de viñedos enanos, recorre las laderas cercanas. Orihuela es una ciudad verde, dorada y gris. El agua baja desde Andalucía, por Murcia, iluminando la vega y cada trozo de tierra es un jardín resonante de naturaleza viva, de estremecida ofrenda delicada y sutil. Orihuela es una ciudad antigua, grande y sola. Por sus calles zumba el abejorro y pasa el tábano rasposo y seguro. Hay miel

entre las grietas de sus palacios aristocráticos y la hiedra trepa, pausadamente, por las torres de sus iglesias monumentales.

La fisonomía de esta ciudad es idéntica a sí misma desde su fundación. La noria del tiempo, como el rumor de sus molinos, sólo deja un leve polvo de otoño silencioso. Orihuela, sueño de siglos, anda sonámbula por la historia provinciana, ahogando el brote incipiente de cualquier intempestiva juventud. Su vida en el pasado ve impasible desmoronarse sus edificios, hundirse sus calles, borrarse sus jardines, sin que nadie se detenga a reparar el daño. Orihuela está quieta sobre el río que pasa y fertiliza sus entrañas riquísimas. Los aromas de eucaliptus y álamos que humean al atardecer se pierden entre las campanas que anuncian el rosario. Beatas ennegrecidas por las sombras de los templos, en pequeños grupos siseantes, aparecen y desaparecen por las callejuelas tristes, taconeando a lo lejos en el vacío de las naves inmóviles. De las ventanas enrejadas con celosías, tras los cristales, se descorren visillos y unos ojos enfebrecidos brillan frente al primer lucero del anochecer. Criaturas contagiadas de la eterna abulia de la ciudad quedan aprisionadas voluntariamente entre las cuatro paredes de las casas, como un mueble más, como un retrato de alguien que murió hace tiempo y nos mira desde su imagen con un gesto perdido.

A esta hora del anochecer cesa la mínima actividad del pueblo, su pequeño trabajo. Cierran las tiendas y los menudos talleres artesanos y las tabernas iluminan la ronda de los puentes, en el mismo corazón del caserío.

Siguiendo esta ruta nos encontramos la Catedral y el Palacio del Obispo, piedras añosas, ennoblecidas por los ecos litúrgicos de los oriolanos, que dejaron crecer su voz en los coros fervientes, cálidas emanaciones de in-

cienso legendario que cruzan nuestro recuerdo de emoción original, mustia floresta que derrama su cáliz funerario, acompañado por los rezos vegetales de las viejas pecadoras y maduros canónigos que declaman oficialmente su papel, mientras degustan mentalmente las confituras monjiles, y las mariposas en aceite parpadean su agónico desmayo.

Más adelante, en cualquier encrucijada, una cuchilla de luz pondrá al descubierto la sangre de la uva, y si te adentras en el santuario del vino, verás a los oriolanos cómo offician en este delicioso menester. En estos lugares una democracia de vieja estirpe orgánica se manifiesta con naturalidad: ricos y pobres, desposeídos y propietarios de fincas, se acercan juntos al mismo mostrador y piden y beben el vino con idéntica elegancia, con virtuosismo exquisito, con el placer del que sabe el manjar que paladea y conoce la excelencia de su cuna. El oriolano, bronco y rústico en apariencia, es fino de espiritualidad y trata sutilmente lo que ama. El vino en su mano, que tiene que ser servido en vaso de cristal delgado y a menos de medio de su cabida, dice—es un decir—que es un anillo de brillantes, collar de perlas o pulsera de novia núbil. Las metáforas más delicadas o sugerentes, las más insospechadas, las pone al pie del verdadero zumo de la vida, desde el más encopetado caballero cubierto ante Dios, hasta el más humilde limpia-botas de los tratantes de animales domésticos. Por ello es un deleite para el oído, un festín para el alma, acompañarlos de cuando en cuando en su ruta tabernaria, escuchando su amante diálogo con el néctar divino de nuestro antepasado Noé.

Apenas si entre los oriolanos se usa el nombre propio de cada cual. Se conocen, se llaman por mote alusivos, bien al origen de los padres, o a los oficios de los abuelos, o a las costumbres y acciones del individuo en cues-

tién. Estos motes, en la mayoría de los casos, suelen dar una versión completa del sujeto mencionado, una impresión de su humildad física, moral y hasta espiritual. Es, casi siempre, un resumen completo del personaje y demuestra hasta qué punto la gracia poética oriolana es un don natural que surge espontáneamente del pueblo.

CONTRASTE.—Además de su cara y de su cruz, Orihuela, como cualquier moneda que se precie, tiene su borde, y no sólo el lateral de la sierra donde anida la pobreza y crecen famélicos pícaros como en la edad de piedra, sino en la plenitud de su abundancia, en medio de la huerta, existe la servidumbre del hambre, la monoalimentación, el fanatismo y la ignorancia a granel.

La religiosidad católica no hace copartífcie al oriolano de una actitud vitalmente cristiana, la oración se escurre por la piel de la apariencia, por el boato eclesial, por el aire y el pico de oro del clérigo de moda, por los recodos de la sacristía y el rumor de la maledicencia hipócrita. La campechanía democrática se quiebra en las fronteras del Casino Orcelitano. Allí está el coto del potentado, del señorito o del que un golpe de suerte lo despega de su clase. A los adanes sin categoría social, artesanos y dependientes de comercio, les está vedada la entrada a la sociedad.

Estos son esbozos, que procuraremos ir perfilando a lo largo de este relato, de la imagen de Orihuela. Con estas pinceladas no nos puede extrañar que en semejante sitio hayan nacido poetas universales y que esto ocurriera, como en los milagros, de una manera simple y natural, es decir como nacen los árboles en las orillas de los ríos.

Allí nació Miguel Hernández, el poeta más alto de todos los tiempos, el más humano y contradictorio de los que en el mundo han sido.

Sucedió este acontecimiento el 30 de octubre del año del Señor de 1910.

TAHONA

de la calle de Arriba

A un extremo de Orihuela, junto a la sierra, está la calle de Arriba, calle ancha de barrio, desnivelada y chata, de casas encorvadas y difíciles, como sus pobres habitantes, los pastores, los zapateros y los albañiles de la ciudad. Calle ruidosa de chiquillos, engrosada de tanta criatura como sólo amontona la miseria. Calle alegre de vinos y parrandas.

Al principio de esta calle, en el número 5, estaba la panadería Fenoll, limbo que fue del grupo de poetas oriolanos. La tahona era blanca de mármoles, de manises áureos, de yeso pulimentado en el alba y del polvo celestial de la harina suprema. Un sabor a hostia y a

pureza, a respiro de pan reciente, dilatava las vírgenes venas de los jóvenes que acudían a escuchar los versos novísimos de los devotos de la lírica.

Allí estaba despachando el pan nuestro de cada día, y sonriendo a los amigos de la casa que llegaban, Josefina Fenoll, niña-mujer que resplandecía de encantos femeninos, de inocentes seducciones casi angélicas, de rosal nuevo. Ella era esbelta y delicada, de silueta clásica, con la piel de nácar y el cabello oscuro y levemente ondulado, luminoso como las olas de un mar pacífico, como el profundo brillo de sus ojos llenos de claridad del sol y de la luna del pueblo que nos vio nacer.

La familia Fenoll tenía un negocio próspero. De día y de noche danzaban la masa y la lumbre en el horno infatigable. La casa despachaba pan en la tienda, en el mercado y a domicilio de clientela rica. Pan negro, pan moreno, pan blanco, según la categoría económica del comprador. Los panes siempre nadando en el río inmaculado de la tahona, que tenía, siempre, el aroma entrañable de la fecundidad lograda.

En la trastienda inmediata estaba la amasadora, y más adelante, a más alto nivel, la antesala del horno. A la derecha, una escalerilla que subía al alcabor, y antes de llegar a él, un descansillo que fue la primera tribuna de Miguel Hernández, de Ramón Sijé, de Carlos Fenoll, de José Murcia Bascuñana y de Jesús Poveda. Justino Marín y Adolfo Lizón, demasiado ocupados en sus estudios, no se acercaron por este lugar, no participaron directamente de la tertulia del panadero Fenoll.

En esta tertulia se reúnen un panadero, un pastor, un estudiante, un molinero y un oficinista. Miguel Hernández ha llegado hasta allí por vecindad, por afinidad, por amistad; Ramón Sijé, atraído por el amor a Josefina Fenoll, con su vuelo mágico y voz de colmena canta-

rina; Poveda, el oficinista, por curiosidad, y el molinero, por escapar del molino.

Pero el imán poderoso, el que une con la fuerza de la gracia y la sal de un poeta de raíz pueblerina, es Carlos Fenoll, el que hace posible el milagro. Allí está él, centinela siempre de sus quehaceres y labores artesanas, mano derecha de la madre viuda, oficial y jefe del trabajo, al pie del fuego.

Pero su ánimo es tan grande como su vocación de poeta. Con el calor al cuello, con las manos en la masa, con el cuchillo, la hierba seca, la leña rasposa, Carlos no cesa de crear sus fantasías, de contar sus chistes, de cantar sus versos improvisados entre pan y pan, remando nube encendida, cargando con la tabla de arracimados corderillos blancos, olorosos, huella invisible de Dios en el vaho tiernísimo de la tarde de estío, regalo de la brisa.

Entre un enjambre de niños está Efrén, el varón menor de la casa, que hace pinos de comerciante, de donjuán, de trovero. Con el tiempo, él será el encargado de cerrar, más que la puerta, la esencia de este templo inmortal.

CARLOS FENOLL

Carlos Fenoll Felices nació en Orihuela el día 7 de agosto del año 1912. Desde muy pequeño participó en las faenas de su casa, una panadería de una barriada popular—como ya hemos dicho—, con tanto trabajo que era preciso que todos los miembros de la familia—y eran muchos—aportaran su grano de trigo. En un pequeño carrito cubierto, arrastrado por un asnillo moruno y rabioso, Carlicos abastecía de pan el puesto que su madre tenía establecido en el Mercado Municipal, y también servía a domicilio a la clientela más acomodada. Aprendió el poeta su primer catón en la calle. Los nombres de los comercios que encontraba a su paso fueron su

abecedario y los transeúntes sus improvisados maestros. Unos le indicaban las consonantes, otros las vocales y los de más allá, la unión, la sílaba de donde nacería la palabra, las oraciones leídas que él iba reteniendo con tenacidad de aprendiz aplicado. Después—ya mozo de pala—, mientras el calor en conserva levantaba el rubor del pan, Carlos—adolescente ávido—deletreaba el periódico “ABC”, que se recibía diariamente en la tahona. En la boca del horno, “remando nube encendida”, laborando la pasta de harina, modelando la ubre del primer alimento del hombre, ciñendo, heñiendo la materia esencial, cuidando del proceso de la transformación hasta la costra, transcurren las primaveras de esta criatura.

Para un joven con curiosidad, con deseos de saber, nunca falta un rincón donde se amontonan libros resacos y amarillentos, donde, junto a un tratado mercantil, se pueda encontrar a Bécquer, Villaspesa, Campoamor o Rubén Darío. Carlos dio con ellos y con otros de la época. Entonces era frecuente en revistas semanales una página floreada, ramificada en pálidos colorines con versos otoñales y gacelinios, donde a la manera rubeniana se repetían los tópicos más insustanciales de nuestra lengua. Pero Carlos Fenoll se liberaba pronto de estos “maestros”. Conoce de cerca al “Vicenterre”, un vecino pastor que hace versos, y empieza a frecuentar su taller. Un pastor que lee mucho y escribe a veces a la sombra de un árbol mientras pacen las cabras del ganado paterno.

El otro es un estudiante de derecho que compagina el código con la vara de medir tejidos en su establecimiento de la calle Mayor. Vienen también un molinero y un empleado del Juzgado. La tertulia se ensancha. Carlos es generoso. Reparte sus revistas, sus libros, organiza reuniones teatrales en broma y en serio e improvisa una escuela de declamación. Junto a él ensaya sus

armas Miguel Hernández. El pastor trae a la tahona, con su largo y apasionado romance inicial, el sabor salvaje de todo el campo oriolano, la rústica delicadeza del romero y el tomillo, el cardo montaraz y la pitera ardiente del estío. El, impregnado de toda esta naturaleza viva con la que Carlos hace su primera hoguera matutina, truena su verba vernácula al pie del alcabor, con el clamor más puro y convincente, con ese rosario de imágenes que ya tenían el sello de la inmortalidad.

El estudiante, matriculado libre en la Universidad de Murcia, lleva a la tertulia de la tahona la ciencia y conciencia de la cultura, de la sabiduría aprendida, recreada y asimilada por él; la disciplina humanística del arte y de la historia que tan bien sabía explicar. El pastor era la libertad del monte, del campo, de todos los atributos de la vida al aire suelto de cada día. Carlos Fenoll, pendular y magnífico, remero en la difícil barca de sus obligaciones continuas, navegaba por el océano sin fin de sus sueños de amor y amistad. El deseaba escribir un poema entero y verdadero, pero no tenía tiempo. Entre una tabla que entra al horno y otra que sale, escribe un verso en la orilla de un sobre que recibe, en una letra devuelta, en la faja del periódico, en el fino papel de un panecillo, con el grueso lápiz que apunta las cuentas sin cobrar. Otras veces es la pizarra de la pared, encerada por el humo o por la harina reciente, la que recoge un ritmo, un arranque de inspiración que vuela con la llamada de la madre, de la hermana, de la ceniza o el polvo que lo borra.

Pero a Carlos Fenoll no le falta la alegría. El es el primer animador de sus amigos, él ayuda al pastor para que vaya a Madrid, él anima al estudiante para que saque una revista que está soñando. Porque él, valientemente, ha renunciado a la aventura, a la fama, a la posible gloria de las letras, él renuncia a todo lo que

haya fuera de las fronteras oriolanas, porque él está enamorado, y se casa, y tiene un hijo, que le hace exclamar: "Antoñín, hijico mío, arroyuelo de mi sangre"...

Como para todo hombre, para Carlos, la felicidad es un estado fugaz. Inesperadamente, el estudiante, el abogado Ramón Sijé, que es, además de amigo de Carlos, novio de su hermana Josefina, muere la Nochebuena del año 1935. La pérdida de este amigo del alma hace casi definitivo el silencio de nuestro poeta. El pastor Miguel Hernández escribe desde Madrid el llanto más hermoso que se ha hecho por la muerte de un amigo. Miguel, ahogado por la pena, aún saca fuerzas de no se sabe dónde para intundir valor a Josefina y a Carlos.

Es ahora, dentro de este dolor sin salida, cuando el poeta Fenoll, en contra de su voluntad, culmina su obra breve pero imperecedera. Los "culpables" son Justino Marín—el hermano de Ramón—y Jesús Poveda, el oficinista, que consiguen por amistad que Carlos Fenoll encabece una nueva empresa poética. Se llama SILBO. Un doble folio de color canario puro, que voló el segundo salto, dejando, también, un leve folleto y alguno de los poemas mejores que jamás se hayan publicado en Orihuela.

Durante la guerra conoció a los poetas Vicente Aleixandre, Rafael Alberti y Emilio Prados, que apreciaban la labor de Carlos Fenoll en su rincón natal y esa dedicación a la poesía conocida por ellos a través de Miguel Hernández. Estos encuentros y el recuerdo de García Lorca, Machado y Juan Ramón, tantas veces leídos y comentados en su tertulia, despertaron en él de nuevo el deseo de cantar. La prisa de la guerra, las emociones contradictorias de aquellas jornadas, viajando entre el luto y la esperanza, no le permitieron cumplir su propósito.

Después, vuelta a la familia, al trabajo, al yugo constante, a la cadena perpetua de su pan—ahora tan escaso—apenas si le queda alguna pausa para el recuerdo. Dice por entonces: Recuerdo esposa que era primavera—aunque fue en el rigor del viejo invierno—cuando en tu alma y en la mía lo más tierno/ dio sus flores de amor por vez primera...

Cediendo a solicitudes de conocidos, de comisionados para realizar revistas conmemorativas o algunos cuadernos de literatura juvenil, Carlos Fenoll publica algunos trabajos hechos apresuradamente, donde queda constancia del trance de su vida y de su íntima sensibilidad: "Cuántas constelaciones de claras hermosuras/ rodando por mi frente sin posible destino/, jamás podré crearlas con tantas ligaduras/ que me anilla en el alma mi trabajo asesino..." Es el canto encadenado que no puede expresarse en su total realidad. Y si no fuera bastante todo esto, también el entrañable amigo Miguel cae víctima de su pasión humana. La soledad en su rincón se acentúa de tal modo que le hace exclamar: "¡Calle de Arriba! Tan densa de humanidad durante el reinado del día, tan alta de espiritualidad— que una cristalina campanita de Santo Domingo rubrica al amanecer— cuando los astros te coronan. A Ramón Sijé, menudo, moreno, inquieto, que te llegó a amar porque en ti amó muy profundamente, muy castamente, una absoluta vez, toda la vida de su corazón, se lo llevó, celosa, la muerte. A Miguel Hernández, que era un vivo reflejo de ti, en su vida y poesía, que te llevaba en el corazón y la memoria de su infancia, de su adolescencia y de su tremenda y fecunda juventud, se le llevó, "violenta", la muerte. A Josefina, la novia eterna de Ramón Sijé, vino la ventura de su amor a buscarla y se la llevó, lejos, la vida. Y hemos quedado solos tú y yo, calle de Arriba... Y hoy, que tantos pájaros cenicientos picotean mi corazón, he

de besarte.” Y ésta fue, como quien dice, la despedida a su pueblo del poeta-panadero que piso ser ignorado.

Hoy vive en Barcelona, agarrado a su oficio, apartando sombras y recuerdos, borrándose voluntariamente de la nómina de los elegidos de la creación y del arte. Su correspondencia se distancia con los años y ahora viene a decir que sólo le quedan manos para amasar su pan.

De los jóvenes escritores oriolanos, Carlos Fenoll fue el primero que empezó a publicar sus versos. Encontramos poemas suyos en el semanario local “Actualidad”, del año 1929. Las publicaciones de Miguel Hernández y Ramón Sijé no se inician hasta el año 1930. No cabe la menor duda que la primera influencia viva recibida por Miguel fue la del panadero y que lo guió a través del pueblo que él tan bien conocía por sus andanzas callejeras de mercader-vendedor de puerat en puerta, de contactos con las gentes de las más diversas condiciones, en el mercado, en la taberna, en la plaza pública, en su tienda, en su familia, que eran todos de naturaleza comunicativa y alegre, bulliciosos, inteligentes y amigos de la canción. El padre de Carlos era trovero—improvisador de estrofas de esencia popular—, de los que acjeras de mercader-vendedor de puerta en puerta, de vada a calidad lírica, fue heredada por Carlos, quien se la contagió a los más sencillos de sus amigos, entre los cuales destacaba el pastor.

Del aprecio y afecto de Miguel Hernández por el panadero hay innumerables pruebas, muchas de ellas publicadas en libros y revistas interesadas en la vida del genio oriolano, otras se perdieron en el fuego, en la hoguera que de sus papeles íntimos hizo Carlos Fenoll, intentando purificar su pasado, y algunas pocas pasaron al archivo de sus amigos más próximos.

Estas dos cartas que damos a continuación—y se publican íntegras por primera vez—, escritas al principio

del verano del año 1936, además de poner de manifiesto la profunda amistad de estos dos hombres, la consideración del poeta que ya ha dado al mundo EL RAYO QUE NO CESA, por el desconocido vate de un pueblo olvidado entre los pliegues del mapa español, demuestra una delicadeza, una bondad y una ternura tan grande—junto a otras superiores virtudes—que son difíciles de calificar. Creemos—como luego hemos de decir—que es llegada la hora de que estas cartas sean conocidas. Sólo un hombre de la estatura espiritual y moral de Miguel Hernández pudo haberlas escrito.

“Querido Carlos: El sábado he podido recoger el paquete de los libros que tan enigmáticamente me anunciabas. He quedado sorprendido cuando he roto las coberturas y me he encontrado con la bonita edición que habéis hecho de tus poemas. Los de Poveda y los de Justito. Estoy muy contento con ellos. Poveda va muy bien por el camino que ha emprendido francamente y tiene versos en sus difíciles sonetos que me gustan bastante: “Llévaste miel donde un panal tenía”, por ejemplo. La prosa de Justito es cada día más sencilla y emocionada y tus poemas me parecen lo mejor que has hecho en tu vida, hoy reanudada, de poeta. Creo que debes seguir sin nuevas interrupciones tu labor y procurar dar un libro pronto.

Ahora te voy a decir lo más desagradable: no podré colocar los ejemplares que me habéis mandado, porque no es posible, Carlos. Hasta hoy he logrado vender cuatro. Espero, de todas formas, vender diez o doce más. Dentro de muy poco llegaré a Orihuela. Cuando recibas ésta ya estará mi hermana Elvira ahí.

Reanudo la carta hoy, sábado, y la había comenzado el martes o miércoles, no recuerdo bien. Ya tengo en mi poder un número de “Silbo”, pues aunque recibí hace dos días el aviso de certificado, que supongo es el pa-

quete con los cincuenta ejemplares, no he podido pasar a recogerlos hasta hoy, que lo haré. Señor director de "Silbo": es muy bonito el segundo número y no te puedes imaginar la gracia que ha hecho lo de Poveda. Me he reído a pierna tendida con sus putas verdes y con ese modo de ahuecar la voz para que retumbe mucho. Dile de mi parte que toma el rábano por las hojas al querer hacer una poesía al modo de Neruda y que es preferible que haga sus sonetos, aunque se los dedique otra vez a su amor desconocido. Tengo muchas ganas de hablar con todos, y a Poveda he de decirle que se tome más en serio y menos afectadamente su papel de poeta si quiere serlo. He vendido un ejemplar de vuestra edición. Ramón me manda en su carta de ayer un prospecto del Teatro Circo. Por él veo que habéis recitado y todo lo demás. Me alegro infinitamente veros con tanto entusiasmo a todos. Aquí se comenta mucho lo de "Silbo" y ya habréis visto que Pérez Ferrero se ocupa de vosotros en su página. Te mando, gran director, esos dos poemas, que tengo mucho interés en que publiques. Uno, el soneto, es de un poeta sevillano que empieza, muy amigo mío; el otro es de un amigo de Aleixandre, que tiene gran interés en que se publique. De modo que tú harás por no dejarnos en mala situación. Me habéis sorprendido, pues no creía que saliera tan pronto el segundo número.

Ya hablaremos despacio cuando vaya, que será para fines de este mes.

Tres abrazos. Miguel."

"Querido Carlos: El tiempo, que no es oro para mí, sino cosas mucho más amargas que el metal, me hace escribirte a máquina estas cartas, por la prisa que me

da para muchas cosas. No sabes cómo me ha alegrado tu carta, extensa y repetida. Y se la he leído a Vicente Aleixandre, que fui a despedir ayer por la tarde, ya que ha marchado esta mañana para Miraflores de la Sierra. Tú no sabes, Carlos, lo enfermo que está el gran poeta y la satisfacción que le ha dado leer esas líneas en que me hablas de él. Además, se encuentra muy solo, pues su enfermedad (le falta un riñón) le tiene recluido en una casa que habita en las afueras de Madrid, y cuando tiene noticias de personas que se interesan por él recibe una enorme alegría. Si lo vieras no creerías lo que te digo, porque su aspecto es de hombre saludable, y tiene la envidiable virtud de saber ocultar sus cosas tristes ante los amigos y aparecer alegre. Yo voy a verle un día cada semana y, claro, hablamos largamente de todo. Le he dicho vuestro deseo de que vaya a Orihuela y le propongo ir los dos este otoño. A Neruda también se lo digo. No sé si conseguiré que vaya alguno de ellos, pero lo creo muy difícil. Me ha dicho Vicente, claro, que piensa escribirte a ti y a Ramón desde Miraflores, y a mí me gustaría que vosotros le escribierais también a ese pueblo para que no se sintiera tan solo. Va allí con su familia. No necesitáis más dirección que su nombre y el del pueblo. Sé que está muy interesado por todas vuestras cosas y os conoce perfectamente, porque yo le hablo continuamente de vosotros, procurando no decir vuestros defectos, naturalmente, y sacándoos muy favorecidos en mis constantes relatos. Se habla mucho, Carlos, del movimiento de "Silbo". Desde ahí parece que nadie se entera de nada, pero los mejores hombres de letras que hay en Madrid se interesan más de lo que uno se cree de las gentes de provincias. Yo quiero hablar contigo largamente de todo, no quiero decírtelo por carta y llegar ahí y no tener apenas qué decirte. Ayer, por ser la despedida de Aleixandre, se organizó

en su casa una "juerga" literaria a la que asistimos Neruda, Manolo Altolaguirre, Concha Méndez, el pintor, magnífico pintor que ya conocerás, Rodríguez Luna y yo, entre otros.

Estuvimos en un merendero cercano de la casa de Vicente, en pleno campo castellano, con chopos, hierbas quemadas en estos días y parejas tumbadas y penetradas, y yo me subí a los olmos, a los chopos, y al mismo cielo después de beber no sé qué vino.

Tengo escritos casi dos actos de mi obra. Me presento al premio, pero sin ninguna esperanza. La escribo, eso sí, entusiasmado, porque sé que no es posible que tarde en estrenar, pero sobre todo porque el personaje, mejor, los dos personajes centrales de la obra, los estoy creando a mi imagen y semejanza, o por lo menos a la imagen y semejanza de lo que siento que soy y quisiera ser. Se llama, que ya está bautizada, "EL LABRADOR DE MAS AIRE", y cuando vaya a Orihuela os leeré todo lo que tenga hecho. Quisiera llevarla terminada para dedicarme ahí solamente a mi novia y al agua, la tierra y vosotros, y descansar de esta pesada labor que llevo a cuestas, haciendo biografías toreras y por otra los versos.

No te precipites, Carlos, espera que vaya yo y sacaremos juntos el tercer número de "Silbo". Quiero que vaya en primera página Vicente Aleixandre, al que he pedido un poema que me mandará desde Miraflores. Yo tengo tiempo de salir, y quiero darle esa satisfacción a él, que no es lo atendido que debiera ser por su profunda poesía. Tengo la Revista de Occidente, los dos únicos poemas largos de poseo; uno es la elegía de Garcilaso, que tú conoces, y que recitaré mañana en Unión Radio, y el otro es uno que titulo "Sino sangriento", del que estoy muy contento. Me hace falta dinero para ir ahí y por eso los he enviado a la revista.

Te mando esa fotografía de Lagartijo y te mandaré

alguna de diestros famosos. Ya están reproduciendo en grandes cantidades fotografías para la enciclopedia en que trabajo. Ayer he hecho la biografía de Antonio Reverte, un tipo soberbio. La del Espartero también la tengo hecha. Cuando me toca hacer la historia de un torero de esta clase gozo mucho, porque veo en ellos un corazón como catedrales. Que me perdone Ramón. Hoy no puedo escribir más. Da abrazos míos a todos nuestros silbadores. Un abrazango, Miguel. Te escribo a ti y al mismo tiempo pienso en Josefina, que no la olvido nunca."

El contenido de estas cartas afirma lo que venimos sosteniendo, es decir la vinculación de estos dos grandes poetas y la franqueza del ya conocido en los centros literarios de Madrid, con su desconocido amigo. Queda también patente con pruebas clarísimas que el verdadero director de "Silbo"—última aventura literaria del grupo oriolano—fue Carlos Fenoll, el modestísimo, el humilde poeta-panadero, que al prescindir de todo renuncia incluso a restablecer la verdad, y no le importa que le roben sus tesoros espirituales. No quedan árboles de savia como la suya, ni madera que haya sufrido el hacha con tan pura resignación, con tan alta y estoica valentía.

Para aclarar algunos extremos de estas cartas damos a continuación un poema de Carlos Fenoll titulado "El canto encadenado", y después, en el capítulo siguiente, hablaremos de Jesús Poveda, Efrén Fenoll y José Murcia Bascuñana.

“EL CANTO ENCADENADO”

*Cuantas constelaciones de claras hermosuras
rodando por mi mente sin posible destino,
jamás podré crearlas con tantas ligaduras
como me anilla en el alma mi trabajo asesino.*

*Me hace trocar el oro del cielo por el cobre
del mundo material; me amarga y desespera
cuando, duro y brutal me hace dos veces pobre,
robándome el ensueño, la luz, la primavera.*

*Nada puedo contra él; dos niños corazones
—arroyuelos que cantan la misma sangre mía—
y el amor a mi esposa, son las grandes razones
que estrangulan mi grito de ansiada rebeldía.*

*Deseando la paz, quiero aplicar mis sueños,
borrados, como borra la aurora a las estrellas,
pero igual que la espuma, son vanos mis empeños;
germinan sin descanso, renacen como ellas.*

*Cantaré entre herramientas de fatiga y quebranto
ya que un juego inmortal, divino, me lo ordena.
Pero siempre habrá un dejo de amargura en mi canto
mientras lllore mi alma su pesada cadena.*

CARLOS FENOLL

LOS CHICOS DE LA TERTULIA .

Entre los amigos más próximos al poeta oriolano tenemos que destacar a Jesús Poveda, Jesús Murcia Bascuñana, Efrén Fenoll y un primo de Miguel llamado Gilbert Aguilar. Estos jóvenes son los que aparecen continuamente, junto a los Sijé y a Carlos, en la correspondencia hernandiana. De todos ellos vamos a hablar particularmente para completar el retablo de las figuras de la célebre tahona.

A la luz del recuerdo, Jesús Poveda es un joven prematuramente calvo, mediano de alto, con un peso muy ajustado a su presencia. Lo veo, por aquel entonces, con un cutis blanco y sonrosado, de vello rubio y ade-

mán ligero, un tanto felino, burlón y malicioso, humorista y listo, con cierta cazarería pueblerina. Profesionalmente era oficinista del Juzgado Municipal. También era músico, violinista, sin demasiada virtud en el manejo de la cuerda, por más que nosotros, entonces, lo considerábamos como un Sarasate local. Por afinidad lírica, posiblemente, nos llegó a la tahona y entró en el grupo con tanto entusiasmo que pronto nos sorprendió a todos con versos y más versos de todos los calibres, desde los clásicos garcilasistas a la avanzadilla nerudiana del último grito. Pero su principal contribución fue la ayuda prestada para el nacimiento de "Silbo", aquella cometa lírica que no llegó a cumplir su tercer vuelo, herida de muerte por la guerra. Al final de la contienda, Poveda, ya fuera de la Patria, casó con Josefina Fenoll, la que fue única novia de Ramón Sijé.

Jesús Murcia Bascuñana era una criatura extraordinaria, de una vitalidad dinámica muy poco frecuente, y un derroche de la misma francamente lamentable. Su oficio era el de molinero del pimentón, y muchas veces acudía a la tahona con su traje de faena, de un rojo subido, iluminado por el polvo sonrosado que se elevaba de las piedras amoladoras y le penetraba los surcos y los poros de la piel, hasta vestirlo de un rubor completo. Era, cuando llegaba, un rastro de vivísima luz en el alba de la tienda, en el mármol del mostrador, en los manises y en los yesos immaculados de la estancia, y en la porcelana del rostro y de las manos de la dulce Josefina, la panadera de harina candeal.

Muchas veces, Bascuñana, en el crepúsculo del horno, era como una antorcha escapada de su boca, mientras que Carlos Fenoll "remaba nube encendida" y él dejaba caer su voz del más puro mineral, subido al primer rellano de la escalera del alcabor, en oleadas de romances fáciles o en cataratas de romanzas zarzueleras, que can-

taba con verdadera pasión. Estos eran los días que como un colegial travieso hacía novillos del molino y luego nos acompañaba en nuestras correrías por los alrededores de la ciudad. Poco después, "El Arriero"—como ya le llamábamos todos por la buena interpretación que hacía de la romanza de este nombre—se dedicó a vendedor de mercado callejero, llamando la atención del público con sus cantos y sus versos, convertido en charlatán, propagando esas pastillas que todo lo remedian, y al fin, barítono en vano, rapsoda popular, danzarín de la vida alegre, no pudo sortear la muerte bajo las ruedas de un tren, en una tibia tarde de invierno.

Efrén, el varón menor de los panaderos de la calle de Arriba, era entonces un jovencito muy avispado y chistoso, simpático y desenvuelto, como un galán de opereta. Otros chicos de su edad, pero más tímidos, le admirábamos y le acompañábamos en su faena. Entre otros, Antonio Gilabert, Aguilar y yo, que nos colamos en el horno y en su mágico mundo, guiados por él. Luego resultó que Antonio Gilabert era primo hermano de Miguel Hernández. Efrén Fenoll tenía un aire juvenil de capitán de bandidos, de rey árabe en el exilio, de conquistador de cámara. Lo recuerdo recién salido de la niñez y trabajando como una persona mayor. El era el recadero del negocio familiar. Caminaba de la tienda al mercado, del puesto de la madre Monserratica al domicilio particular de la alta clientela. En un carrito cerrado, chapado de hojalata pintada borrosamente de verde, con el rosa desvaído del título comercial de la industria paterna, iba sentado, milagrosamente, en el varal derecho del carromato, acariciando, domando con sabiduría al burrillo diabólico, espinoso y rebelde, que rebotaba por el desnivelado adoquín del centro de la ciudad de Nuestro Padre San Daniel. Tenía Efrén aires de doncel alto, de piel morena y saludable, de ojos res-

plandecientes y una voz de adormidera baja, suave y vagamente imprecisa, como sus ademanes, de una lentitud voluptuosa, de una dulce teatralidad. Efrén Fenoll fue el heredero exclusivo del patrimonio familiar, de la casa y de la tienda, del horno y de sus recuerdos. Años después de la guerra lo he visto cuidar los papeles íntimos de Ramón Sijé, los autógrafos de Miguel Hernández y los versos olvidados de su hermano Carlos. Fue creciendo en los negocios y en la actividad literaria en revistas juveniles, que él guiaba con habilidad. Parecía combinar bien las letras de cambio con el espíritu de las letras. Pero un día, misteriosamente, desapareció de Orihuela, tapando el único hueco por donde penetrábamos a nuestra adolescencia, a la evocación de un mundo maravilloso.

Antonio Gilabert Aguilar pareja con Miguel Hernández representando las primeras escenas del auto sacramental en el Salón Novedades, de Orihuela, en el año 1934. Antonio Gilabert, que como hemos dicho era primo del poeta, tenía vocación de actos y condiciones personales para serlo. Estuvo en Madrid con su pariente, que le presentó a Concha Espina, y ésta le facilitó la entrada en unos estudios cinematográficos. Pero se cansó antes de empezar a rodar. Era un chico que parecía mayor y tenía entonces muchas pretensiones. Influido por el ambiente de la tertulia de su primo, escribió algunos poemitas. Luego se dedicó a recitar y a cantar. Era el dandy del grupo. Se mudaba de traje dos veces al día. Su ídolo de entonces era José Mojica, el tenor y galán de Mona Maris. Llegó a tener cierto parecido con el actor, salvo en la estatura. Pero Gilabert, cuya voluntad era enorme, disimulaba su cortedad andando a saltos de bailarín ruso. Actualmente, dedicado a los negocios de tejidos, es un hombre rico, que debe haber olvidado todo esto que cuento.

SEMBLANZA DE RAMON SIJE

José Marín nació en Orihuela el día 16 de noviembre de 1913 y murió en esta misma ciudad el 24 de diciembre del año 1935. Estudió el bachillerato en el Colegio de los PP. Jesuitas de Santo Domingo y terminó la carrera de derecho en la Universidad de Murcia con tan brillante calificación que hizo presumir a sus familiares y amigos que se destacaría pronto como un ilustre abogado. Pero pronto hubo de descartarse esta posibilidad. Ya en el año 1930, y con el nombre de Ramón Sijé —combinación de letras del nombre propio—, comenzó a colaborar en el semanario local "Voluntad" y a planear actividades literarias de mayor alcance y noble

ambición. Sus ideales apuntaban algo, como alta y poderosa era su inteligencia crítica y su tenacidad en la labor continuada y metódica para conseguir unos fines, que no eran otros que una revisión razonada y lógica de los valores de nuestra literatura desde el siglo de oro a la generación del 27. En esta titánica empresa estuvo metido durante cinco años.

Desde el comienzo de su investigación, Ramón Sijé pudo darse cuenta de que estos trabajos no podían ser meramente de pura ciencia literaria, sino que lo religioso, lo moral y hasta lo político andaba mezclado en ello. Animoso como era, y sin perder de vista su principal objetivo, estudió al paso, pero con absoluto rigor, los problemas marginales que se le presentaban y actualizando el pasado con las circunstancias del momento en el que escribía realizó una forma de ensayo emotivo y original. Estos trabajos fueron apareciendo en "La Verdad", de Murcia; en "El Sol", de Madrid, y en "Cruz y Raya", de la capital de España, y durante los años 1934-35 en la revista fundada por él, titulada "El Gallo Crisis", que parecía una réplica seria al bullicioso "Gallo" granadino de Lorca.

Entre sus trabajos publicados destacan el ensayo dedicado a "San Juan de la Cruz", "El golpe de pecho", "Verdades como puños", "Voluntad de Cristo y voluptuosidad de Satanás" y "España en la selva de aventuras del Cristianismo".

Fue verdaderamente notable su estudio de la imaginaria de Salcillo, titulado "La novela del belén", donde nos dice que sus figuras del nacimiento "hay que tocar y contemplar meditativamente". Que con él "viene la pérdida del sentimiento trágico de la escultura".

También hay que destacar el prólogo a "Perito en lunas" y el ensayo sobre el auto sacramental "Quien te ha visto y quien te ve" "Y sombra de lo que eras", pri-

meras obras publicadas por su amigo Miguel Hernández. En estos trabajos, como en la mayoría de los escritos por Ramón Sijé, el concepto, nacido del hecho concreto de una obra, no se localiza ni merodea exclusivamente por ella, sino que busca sus raíces celestes y terrestres, sus aproximaciones y contactos con los ámbitos de la universalidad de la cultura. Hay en Ramón Sijé siempre —en su escritura y en su persona, de la que más adelante daremos un retrato— un raro poder de adivinación que desvela los misterios más hondos del genio creador. Es posible que este profundo sentido personal le impidiera—a pesar de su reconocido talento—ser un gran poeta, un poeta a lo Quevedo que él mismo—quizá—soñó ser.

Todos estos quehaceres literarios, otros muchos que vieron la luz en diversas publicaciones o se conservan inéditos en el archivo familiar, y hasta el haber sido finalista, en reñida competición con Guillermo Díaz Plaja, al Premio Nacional de Literatura del año 1935, con un libro sobre el romanticismo español, del que el profesor García Morente—jurado del premio—dijo: "No he oído nunca hablar del autor de este libro. No tengo idea de quién pueda ser. Pero es lo mejor que he leído en mi vida sobre este tema." A pesar de todo esto, Ramón Sijé era un desconocido cuando murió en vísperas de la Navidad de este mismo año. El tercer libro de Miguel Hernández, "El rayo que no cesa", estaba en la imprenta Altolaguirre cuando el tremendo suceso llegó al corazón del amigo entrañable: a borbotones, a golpes de dolor y de ternura, a hachazos de desesperado amor, a rebeldes verdades que lo crucificaban, salió el canto de amistad más grande que se haya escrito en toda la historia de la literatura española. Es la ELEGIA A RAMON SIJE, que tiene esta dedicatoria: "En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con

quien tanto quería". Este poema pudo ser incluido en el libro y también publicado en la "Revista de Occidente". Pero Miguel Hernández todavía no puede creer en la desaparición de su amigo del alma. En una larga y magnífica carta dirigida a Carlos Fenoll, le dice: "He recogido del Ministerio de Instrucción Pública su ensayo sobre el Romanticismo; me lo he leído casi de un tirón, a pesar de tener más de doscientas páginas. Es formidable. Reparo en sus correcciones a pluma, en su dedicatoria a Josefina y a sus padres, en su ímpetu de vida precipitada y lo siento tan conmigo que vuelvo a dudar y a no creer en su muerte como siempre." Luego añade que está buscando a Bergamín, para conseguir de él que edite el libro en su colección de CRUZ Y RAYA.

Más adelante, y siempre obsesionado con el recuerdo del amigo, añade: "Estoy a punto de acabar una segunda elegía sobre la muerte de Sijé y en ella la persona a quien me dirijo es tu hermana:

*Tengo ya el alma ronca y tengo ronco
el gemido de música traidora...
Arrímate a llorar conmigo a un tronco,
retírate conmigo al campo y llora
a la sangrienta sombra de un granado
desgranado de amor, como tú ahora.
Caen desde un cielo gris desconsolado,
caen ángeles cernidos por el trigo
sobre el invierno gris desocupado.
Arrímate, retírate conmigo;
vamos a celebrar nuestros dolores
junto al árbol del campo que te digo.
Panadera de espigas y de flores,
panadera lilial de piel de era,
panadera de panes y de amores..."*

Y continúa Miguel: "Siento mucho haberla hecho después de estar publicado mi libro; me hubiera gustado incluirla en él también. Pero creo que pronto la publicaré en alguna revista... ¿Has visto en "La Verdad" mi breve escrito a Sijé? Me lo pidió Juan Guerrero hace días."

"El rayo que no cesa" tuvo una buena acogida hasta por parte de Juan Ramón Jiménez, tan duro como crítico como tierno en su poesía, y la "Elegía a Ramón Sijé" fue uno de los poemas más celebrados de la época. "¿Pero quién es ese Ramón Sijé?", se preguntaban muchos. La obra y la personalidad de nuestro escritor más culto, nuestro humanista de verdad y de verdades, no había trascendido del levante español. Las ráfagas geniales de los pueblos se apagan pronto en Madrid, donde tantos luchan para abrirse una brecha en el camino de la fama. El lector español, ni siquiera el más enterado, tenía noticias de nuestro Ramón Sijé. Pero pronto, y a través de esta "Elegía", se hizo famoso, un famoso del que casi nadie sabía nada.

Ramón Sijé era uno de esos jóvenes adolescentes que parecen mayores de edad, o jóvenes sin edad, que nunca han de pasar de ser como son, aunque crezcan sobre todo en alma y sabiduría, como creció él. Era pequeño y débil de cuerpo, de donde destacaba una cabeza grande y pelada a lo colegial; su cabello era de un castaño claro y oscuro en las cejas que enmarcaban unos ojos profundos y brillantes como de miel lavada por el rocío del amanecer. Su piel era morena y lunar, descolorida por la sombra de las aulas, de las bibliotecas antiguas, por las calles donde el sol sólo pasa de visita. Era una criatura sencilla y fina por naturaleza, vestía frecuentemente de marrón o gris, con pulcritud pero sin atildamiento y se abrigaba excesivamente en invierno. Comedido y metódico, aparentemente frío y calculador,

era de una apasionada viveza cuando la ocasión le impulsaba a exponer y defender sus principios.

Hombre de fe auténtica, había calado hondo en los Evangelios y sentía que la esencia del cristianismo no caducaría jamás. Sabía que esas fuentes de verdad remozarían nuevamente nuestra existencia y defendía esta hermosa causa contra los fariseos de dentro y los ignorantes de fuera que pretendían destruirla. Es natural—en un pueblo sectario como el nuestro—que su labor no conformara a nadie. Pero él fue fiel ejemplo de su doctrina y agotó su frágil existencia trabajando por ella hasta el fin. Desde entonces—diciembre de 1935, como hemos dicho al principio—, Orihuela, el pueblo que él tanto amó, ha proyectado distintos homenajes a Sijé, pero todos han quedado en las palabras, en el recuerdo sentimental, en la evocación entrañable de algún poeta olvidado.

Por distintos motivos la obra de Ramón Sijé sigue casi inédita e inasequible para el lector interesado en ella por la resonancia de su nombre. Pero terminemos estas cuartillas con la esperanza de que algún día puedan ver la luz y explicarnos el extraño milagro de su viva presencia en los hombres de su generación.

MIGUEL HERNANDEZ

Conocí a Miguel diciendo gorgoritos gongorinos en la tribuna del horno, con toda una risa inmensa saliéndosele por la boca de ruda carnosidad varonil, saltándole por los ojos de verde agua madurada por los ríos que trabajan las norias del sudor, danzándole desde su cabeza semicalva de tan pelada hasta sus pies duros de trepar entre cheroles y peñas crudas y desnudas. Desnuda era la risa de Miguel aquella mañana de sol alto, reflejando en su tez sonrosada por la proximidad de la sangre sana que inundaba toda la luz de su presencia el imán de su alegría juvenil, la onda de su voz, el metal vibrante de su apasionado sentir, la fuerza pura que

emanaba de él y se apoderaba gozosamente de la voluntad de los demás. Allí estaba entonces, radiante, como ahora mi corazón, recién nacido de un sueño del que uno no quisiera despertar nunca.

Desde aquel día, un día sin fecha posible, fui uno de sus amigos. El era la encarnación de la amistad verdadera, la mano abierta de la cordialidad entera y fiel. Por mi memoria cruza su imagen limpia, de mirada alta, su paso de aire ondulante, acostumbrado a andar sin caminos, a caminar sin sendas, sin trochas, sin atajos, acomodando el pie al suelo del destino.

Entonces ya no era pastor, era aprendiz de oficinista, mozo de notario, con recados, correos y folios e infolios a su cargo. Pero se le notaba en seguida que le sobraban manguitos, estanterías, ficheros, paredes; se le notaba en seguida que le faltaba el campo, la acequia, el monte. Andando por la ciudad dejaba aromas de una rusticidad delicada y entrañable, mientras que cuando regresaba a su elemento natural, a los espacios libres, un tufillo polvoriento de papel manoseado, de tinta reseca, de pupitre carcomido por los años y la avaricia, se levantaba en torno de sus antiguos compañeros de aventuras pastoriles. Pero él era siempre sencillo e inocente y pronto restablecía la vieja fraternidad que fue su norte y su guía hasta el fin.

A la hora del atardecer, a la hora de los novios callejeros, salíamos Miguel y yo algunos días a pasear por la "Glorieta" de la ciudad, que es el lugar donde se da cita la juventud en el buen tiempo. El buen tiempo en Orihuela dura más de nueve meses al año: primavera, verano, otoño y parte del invierno. Miguel era muy tímido y se encendía hasta las orejas cuando alguna muchacha lo miraba algo más de la cuenta. Por el trato con la naturaleza y por el oficio de pastor que había ejercido hasta los veintidós años, no conocía del amor

más que su fase sexual. La mujer no era para él nada más que la hembra deseada, pero de una manera viril y sana, sin fantasías mentales o viciosas.

Seguíamos a las muchachas de cerca, apreciando su atractivo personal, pero sin entablar ninguna clase de trato con ellas. Otras veces dábamos unas vueltecitas por los puentes—paseo clásico de los horteras y modistillas, de los menestrales y solteronas burguesas—, deteniéndonos en alguna taberna o bar moderno a beber el buen vino, legítimo, de Yecla o Jumilla. A Miguel Hernández le divertía escandalizar a nuestros paisanos señoritos, presentándose en los establecimientos más frecuentados en mangas de camisa y con la camisa por fuera del pantalón. Hacía alguna de sus deliciosas pantomimas, ridiculizando a esta clase de seres vacíos—de los que abundan en nuestro pueblo—, y nos marchábamos ante el asombro de la concurrencia.

Algunas tardes íbamos al campo. Recuerdo una de ellas que nos juntamos Carlos Fenoll, Bascuñana (a quien llamábamos "El Arriero", por lo bien que cantaba una zarzuela famosa entonces que se titulaba "El cantar del arriero"), Miguel y yo. Recorrimos los caseríos próximos y cuando estábamos más desamparados nos cogió una lluvia veraniega que en pocos segundos nos caló hasta los huesos. Unos minutos después nos secábamos al sol de la tarde y poco después nos deteníamos en una taberna campesina, emparrada y húmeda, que invitaba a beber. Rodeamos una mesita y nos trajeron unos platos con habas bien condimentadas con especias picantes—que el paladar oriolano matiza de una manera asombrosa—, y bebimos y cantamos hasta bien entrada la noche. Al llegar a Orihuela, "El Arriero", que ya estaba embalado, puso de manifiesto una vez más sus maravillosas dotes de cantante entonando el más conocido repertorio español y sacando de sus casas y casillas a

una gran parte del vecindario por donde pasábamos.

Cuando llegábamos, mediada la noche, a nuestra calle de Arriba, nuestras respectivas madres se habían reunido para salir a buscarnos.

A Ramón Sijé no le gustaban la jarana ni el vino. Su educación familiar, su cultura intelectual y su formación religiosa—también cierta debilidad física que acusaba indefiniblemente desde niño—se lo impedía. Además de sus estudios académicos hacía profundas investigaciones teológicas y literarias, particularmente en el campo de la tradición cultural española. Desde adolescente se comportaba con una seriedad y un respeto hacia todas las cosas, increíble en un hombre joven. Era un filósofo moralista en su vida y en su obra, como lo demuestran los trabajos que publicó en la revista, fundada por el año 1934, titulada “El Gallo Crisis”. Ensayos que bajo el denominador común de “Las verdades como puños” llamaron la atención de los hombres más importantes de la época.

También era metódico en su vida privada. Cronometraba el tiempo que dedicaba al amor, a la amistad, al trabajo o al estudio. Y no precisamente por el cálculo, sino porque consideraba que había que atender puntualmente a todas las solicitudes que una existencia rica en grandes propósitos obliga a disciplinar sus cauces para conseguirlo.

La inteligencia y la sensibilidad de Ramón Sijé, tan armoniosamente equilibradas, intuyen—cada día con mayor claridad—el talento creador de Miguel Hernández, la señal segura de su destino superior. Por ello, Ramón, guía, aconseja e influye constantemente a nuestro poeta y le da ejemplo continuo de su labor. Ramón, señorito de cuna—señorío de herencia—, pero ante todo hombre verdadero, llega a la calle de Arriba en busca del único amor de su vida, de Josefina Fenoll, la bellí-

simá doncella, “la panadera del pan más trabajado y fino”, y encuentra el amor, la amistad literaria más extraordinaria de la historia actual.

Visita en su huerto a Miguel, le lee su artículo más reciente, las prosas líricas que hace siempre a sus lecturas constantes y acompaña al poeta de cuando en cuando a alguna de sus excursiones por el monte cercano, y entre bromas y veras le plantea la necesidad de un nuevo teatro cristiano, que sin abandonar del todo la línea mantenida por nuestros clásicos resulte interesante para el hombre de nuestro tiempo. De esta manera, mientras Sijé va depositando en su amigo su cultura humanística, el poeta va descubriendo al erudito su mundo vital. Esta fusión espiritual, entrañable y pura, unirá sus vidas para siempre.

Cuando termina Miguel los dos primeros actos de su obra dramático-bíblica, vuelve a Madrid para darla a leer a la dirección de la revista “Cruz y Raya”, que acepta su publicación y da un adelantado paso al poeta, que le permita terminarla tranquilamente en su Orihuela natal. Con este motivo le acompaño a un lugar distante del pueblo, unos cuatro kilómetros, y que es nombrado Campo de la Matanza. Allí permanecemos durante una semana. Un primo del poeta llamado Antonio Gilabert nos traía diariamente la comida. Los campesinos y pastores de aquel lugar, antiguos amigos de Miguel-pastor, nos prestaban sus mesa-sillas y las zamarras que necesitábamos por la noche para dormir en una cueva próxima de los montes próximos. Era por el mes de agosto. Madrugábamos e íbamos inmediatamente a un bancal vecino, donde las uvas maduraban con dureza. Miguel comía con fruición este fruto y creo recordar que los racimos le traían visiones íntimas de mujeres incitantes. Pero todo ello de una manera alegre y llena de la exuberante vida que lo arrebató siempre. Su poderosa

juventud tenía en el campo—al aire libre y germinal de la tierra—su expansión más adecuada, su marco perfecto. En estos momentos me hablaba de Madrid, de su amigo Federico García Lorca, de la gracia de este granadino singular, que entonaba con una voz misteriosa y angélica unas canciones populares que él iba recogiendo por las tierras de España en su peregrinar con "La Barraca", aquella farándula ambulante que tan bella misión teatral hizo por los pueblos de España. Miguel, mimético puro, como todo buen artista, imita a Federico en toda la gama de actitudes que caracterizaban al gran poeta andaluz cuando aparecía como un relámpago sobre el piano de casa de Neruda e improvisaba la música que más tarde agregaba a sus canciones populares, y luego desaparecía de la sala dejando un hueco de luz que nadie lograba borrar en toda la velada.

Luego, Miguel, se marchaba solo por el monte hasta la hora de comer, y después de la siesta, a la sombra de cualquier árbol, de cualquier casa amiga, me leía los versos propios, escritos por la mañana, esos poemas maravillosos del último acto del auto sacramental, que eran escuchados religiosamente por mí, cuando todavía tenían la calentura de su reciente creación. Tenía yo entonces dieciséis años y estos días vividos junto al poeta me hicieron comprender toda la estatura espiritual que un hombre necesita para realizar una obra, un momento donde todos los valores humanos estén representados en su verdad más íntima.

Mientras espera la respuesta definitiva de la publicación del auto sacramental, Miguel escribe una comedia dramática en verso titulada "El torero más valiente". Asisto a una lectura que da de esta comedia a un grupo de actores aficionados de la localidad, que dirige un amigo nuestro llamado Paquito Vidal, hombre de gran vocación por el teatro. El acto se efectúa en casa de

unas muchachas conocidas por "las Catalanas", por que descienden de la ciudad condal. Estamos en una salita de labores caseras, de costura, de cuidado femenino. Ante una mesita camilla rodeamos a Miguel unas veinte personas entre chicos y chicas. El poeta declama con soltura y gracia los diálogos de la obra, matiza parlamentos y apartes con la maestría conseguida en los múltiples recitales que hacemos en la panadería Fenoll. A veces se detiene para señalar la plasticidad de una situación o indicar el posible actor de uno de sus personajes. La mayor de las chicas de la casa, fina y bella muchacha de unos diecinueve años, que ya tiene acreditada en la ciudad su calidad interpretativa, es elegida como protagonista, como su "Soledad", figura femenina principal de la comedia. Un muchacho grueso y algo basto, de muy buena voluntad, pero de escasas condiciones artísticas—por lo que siempre desempeña papeles muy secundarios—, pregunta continuamente cuál va a ser su cometido en la obra. Nadie le hace caso. El aprovecha la más leve pausa del lector para insistir. De cuando en cuando, Miguel anuncia un "aparte" que dice: Voces populares. El muchacho grueso sigue preguntando. Inesperadamente, Miguel le responde: "Tú saldrá de voces populares."

El efecto fue formidable y a punto estuvo de acabarse aquí la lectura a causa de la risa que nos acometió a todos.

Miguel era así, serio y hasta seco muchas veces; pero en algunas ocasiones un humor inteligente, una alegría desbordada y llena de un atractivo singular nacía de él y se comunicaba a todos cuantos teníamos la fortuna de acompañarle.

Esta obra, "El torero más valiente", no llegó a representarse ni en Orihuela ni en Madrid, aun cuando la actriz Niní Montán se ofreció a representársela, porque al

poeta—pese a la necesidad que tenía de darse a conocer al público para solucionar su problema económico—no le agradó la compañía de esta artista, y poco después también repudió la obra.

Mientras tanto, "Cruz y Raya" publicó el auto sacramental y en otoño de este mismo año de 1934, a poco de recibir el poeta su obra editada, organizó un acto en el Salón Novedades, de Orihuela, donde el mismo Miguel representó un papel de su obra con la colaboración de un primo suyo llamado Antonio Gilabert, y una introducción de la obra hecha por Ramón Sijé.

En los números 3 y 4 de "El Gallo Crisis" correspondiente a este año se reproduce la definición del auto sacramental histórico, en comparación con la obra hermandliana. Dice Ramón Sijé:

"Pero el auto "Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras", de Miguel Hernández, no es propiamente un auto sacramental escolástico, porque él ha ampliado *imaginativamente* el concepto del auto, merced a lo que puede llamarse *la influencia de la emoción racional* del campo. Y es que el auto clásico, el auto calderoniano, tiene un marcado sabor urbano—si cabe hablar así en el puro terreno de los conceptos—, producido por la depuración ascética de las imágenes, la ausencia del paisaje vivo y el archiescolasticismo poético. En el auto de Hernández, en cambio, juega un papel poéticamente decisivo el campo como mundo perfecto, *como imagen, como estilo y como idea*. El campo existe, aun cuando considerado de manera abstracta, sea una proposición escolástica una categoría racional o meta-racional, porque el campo no cabe en la cabeza, de tan cristalino—que es la forma conceptual de la luz, el volumen y el color—, *el campo no cabe en la razón*. Cuando el poeta intenta reducirlo a poesía ha convertido, ya, el campo en drama, en persona, en persona dramática. Entonces lo achi-

ca materialmente para ampliarlo espiritualmente hasta agotar la expresividad de las palabras: *hasta agotar el símbolo*, hasta convertir en proposición escolástica el símbolo escolástico. El campo, en este aspecto dramático de la visión poética, es la *prueba plástica de la existencia de Dios*. Por la imagen se llega de nuevo al concepto, por el campo se llega a la tesis. Este auto sacramental de Miguel Hernández nos trae, pues, una tesis: *una tesis sobre el problema de la gracia*. Cuando el hombre, en la escena X del acto segundo, azuzado por su viva prehistoria sensorial, acude a pedir al pastor, en un tono de moderna sublevación social, su ganado, su riqueza, éste le dice:

"¡Amor siempre te estoy dandol!"

Es decir, gracia, una gracia compatible con la dignidad humana, *con la dignidad solitaria de la libertad*. Añade el pastor, luego, como prueba de su verdadera afirmación amorosa:

*La culpa no es mía,
pues, ¿qué culpa tiene el día
de que no lo acepte el huerto?*

*¿Qué culpa tiene la idea
de no brillar en la mente?
¿Qué culpa tiene la fuente
de que la sed no la vea?*

Con misteriosa claridad viene a decirnos: *dentro de la libertad la gracia*. Porque la gracia es como una danzarina que se mueve en los brazos del liberto.

Con gracia extraordinaria ha elevado Miguel Hernández sobre su mundo el aparato poético del auto sacramental. Oímos a Calderón, en la severidad conceptual que le sirve de comulgatorio. El comulgatorio está cerca

del sepulcro; como esperando nuestro ser y nuestro destino. Oímos—el amor nos lo hace oír—las voces de unos frailes: fray Juan y fray Luis. Miguel Hernández vive y muere su estilo personal en un estilo—en una tradición—cuya práctica supone constantemente martirio. El es un lírico en agonía. Porque el poeta que siente tras de sí los muertos, es como pájaro que vive en la jaula de un determinado estilo histórico. *Porque el estilo no es nada, sino es la penitencia del mismo estilo.*”

TRES PROXIMIDADES INOLVIDABLES

En Orihuela se celebra con un cierto boato rústico y elemental la llamada romería de San Antón, que está en una ermita en las cercanías del Palmeral, un mar vegetal de verde profundo, tan grandioso como los huertos de Elche. En esta romería, en el año 1934, me presentó Miguel a Josefina como novia suya. El rubor de las morenas claras tiene unos matices de una belleza singular, la luz sonrosada de las mejillas de Josefina en aquella ocasión resplandecieron en su rostro con tan pura inocencia, que su hermosura natural—nacida del agua virgen de la Creación—concentró todo el paisaje en torno suyo. Fue una mano levemente cálida, tímida, y un ru-

mor de palabras, y la sonrisa feliz de la juventud, del amor y del amigo.

Otra tarde fuimos invitados por el director de las Escuelas Graduadas de Santo Domingo, don Francisco Giménez Mateo, a un recital de versos que ofrecía un rapsoda nómada. Nos reunimos en el aula mayor, detrás de una colmena de niños, Miguel, Ramón y yo. Saltaba a la vista del tal "rapsoda" su condición de pícaro trasahumante y maltraja, sin otro mérito que sus fatigas. El programa se componía de "gaiteros" y "piyayos" y demás cosas de esas. El "declamador" se las veía y se las deseaba para contener la música de fondo de más de cien niños que llenaban el local. Entre verso y verso, gritaba suplicando silencio, y no había manera. El espectáculo era deprimente. El pobre hombre terminó sudando la mar por todo su cuerpo, por la camisa y el cabello alborotado. Entonces, el director del colegio invitó a Miguel a que dijera algo. Miguel no quería, pero hasta el "rapsoda" se lo pidió. Miguel fue hacia el estrado y dijo, sencilla y emocionadamente, "La carbonerilla quemada", de Juan Ramón Jiménez. Los niños escucharon religiosamente, atentos y ávidos. El pobre "recitador" no podía explicarse aquel cambio tan radical del auditorio.

La tercera proximidad inolvidable se produjo en agosto del año 1935. Miguel—que ya trabajaba con José María de Cossío en su Enciclopedia taurina—disfrutaba de unas cortas vacaciones en Orihuela. Casi todos los días íbamos a bañarnos al río Segura, junto a un molino que hay al pie de la ciudad, y en un recodo de arenas mansas y brillantes nos tendíamos al sol. En uno de estos momentos Miguel, aplastando la arena que tenía ante su rostro, la besaba y decía que tenía sabor a labios de mujer. No sé si fue en esta ocasión o en otra, aunque sí el último día de su estancia en Orihuela—porque re-

cuerdo que por la noche tenía que emprender regreso a Madrid—, cuando se lanzó al agua desde una altura regular y seguramente por falta de fondo en aquel lugar del río, salió herido en la frente con corte profundo, del que manaba bastante sangre. Lo llevamos en seguida a un médico y pese a los vendajes y a la oposición de sus familiares, aquella misma noche cumplió su propósito de regresar a la capital. A los pocos días nos escribió diciéndonos que la herida ya estaba cicatrizada y yo, en mi respuesta (que redactábamos el grupo de amigos en común: "Cartas para que pasen de mano en mano"—las llamaba Miguel—), le dije: "Tú, con la misma facilidad que te lisias, te curas." Esta frase la subrayó el poeta en su próxima carta, como muy de su agrado. A poco de eso aparecía en la Revista de Occidente su "Sino sangriento".

Frente a la novia, la mujer y la viuda de Miguel Hernández, hay que sentir y tratar de comprender la vida sencilla de una criatura extraordinaria; hay que conocer su trágica juventud, surcada por la muerte sucesiva de los seres más queridos, y su soledad y abandono junto al hijo único, para el que tenía que vivir. Hoy, veinticinco años después de su máxima angustia, habiendo tenido el privilegio de su amistad y confianza, conversando familiarmente del recuerdo del poeta, años y semanas, incansables en la evocación de su gran hombre, hoy—repito—podemos hablar de ella.

Es después de la muerte de Miguel Hernández—des-

pués de todas las alabanzas del amante inmortal—cuando la imagen de Josefina va cobrando, dentro de su aturdimiento, la fortaleza de los espíritus elegidos. La herencia del dolor hernandiano—dolor capaz de hundir a muchos hombres—fue fielmente recogida por esta mujer y caminado con ella, sus trabajos y sus días, sin desertar jamás de su destino. Desde su mundo elemental y honesto, sin vanas pretensiones de víctima o heroína. Ha sufrido pacientemente el asedio de cuantos atraídos por la gloria del poeta se han acercado a su casa. Josefina, además de trabajar para vivir la tierra, ha cuidado y reconstruido el tesoro poético de su marido y ha mantenido la amistad que él tenía con Vicente Aleixandre y otros pocos supervivientes.

Porque Josefina Manresa no es simplemente la mujer que compartió la vida amorosa, lírica y dramática del poeta oroliano; su sencillez humana, su fidelidad y su entrega constante al hombre que eligió para inmortalizarla, es de una grandeza moral insuperable, demostrando en todo momento ser digna de él. Josefina Manresa, silenciosa y lúcida, con su bandera de amor al pie de los incomprensivos pedantes, vale por sí misma. Resplandeciente por su gran amor, Josefina vio el huracán y se fundió a él para toda su vida. Josefina, novia, esposa, madre y sombra, sigue en torno a su retrato, acariciada por los ecos de su voz profunda, mecida incansablemente por el ritmo de su recuerdo sin par.

No vamos a ponderar ahora la belleza de Josefina en su juventud, el imán de su aire y de sus ojos, la delicadeza de sus formas ligeramente angélicas, maravillosamente femeninas. Para nosotros, nos parece, que con el tiempo ha ido ganando en hermosura, en luz interior—luz de sombras—que viera proféticamente su esposo. Ella entró en su vida como un relámpago de felicidad

fugaz que, sin embargo, el tiempo no se atreve a deshacer. Como en los sueños ideales del amor, en ella vive el alma eterna del amado.

DONDE SE HABLA DE GABRIEL SIJE

Después de la muerte de Ramón Sijé, su hermano, Justino Marín Gutiérrez, sintió la llamada de la vocación literaria. Hasta entonces había hecho sus estudios, tenía sus amigos y sólo se distinguía por su extrema humildad y por un corazón demasiado generoso y lleno de nobles sentimientos.

Podemos decir sin temor a equivocarnos que la desaparición de su hermano de sangre y de espíritu fue como un latigazo tremendo que estremeció hasa lo más íntimo de sus entrañas de varón enterizo. A poco de este fatal acontecimiento le escribía Miguel Hernández a Carlos Fenoll: "He tenido una carta de Justino con unos

trabajos. Me pide que le diga qué me parecen; yo le diría que no siguiera el camino de su hermano ni mío, porque son muchas las penas que cuesta escribir con sangre y muchas las muertes." No sabemos si Justino llegó a saber este consejo del gran poeta hermano. Lo cierto es que en la primavera del año 1936, funda Carlos Fenoll la revista "Silbo" y que en su segunda y última salida, encontramos un poema en prosa de él, con el título de "Rumbo nuevo", en el que dice: "Fluctúo sin saber en qué nuevos ambientes vuelvan a verdecer las ilusiones: para el cuerpo todo son situaciones, embrión de dudas florecientes." Y así fue el resto de su corta existencia. Publicó aun antes de la guerra un folleto poético en colaboración con Carlos Fenoll y Jesús Poveda. Después, y ya entregado a la poesía, por admiración a Gabriel Miró y en recuerdo de su hermano, empezó a firmarse con el nombre con el que es conocido en la intimidad de las letras menudas: Gabriel Sijé.

Había nacido Justino Marín en Orihuela el 30 de octubre de 1915 y murió Gabriel Sijé en esta misma ciudad el 20 de junio de 1946. Vida corta la suya, que su alma llenó de inmensa ternura y de un amor sin límites por todo lo creado. Pero amó sobre todas las cosas la soledad y el silencio.

Recluido en su cuarto de trabajo y de recuerdos, escribe sus ensayos, lee a sus predilectos y escucha el silencio, ese sin par silencio oriolano que se levanta de sus banales y campanas, de sus huertas y de las aguas lentas de su río maternal. Sus amigos respetan su retiro, pero vigilan su salud y lo animan de cuando en cuando a salir a pasear por los lugares donde están las huellas de los que le aman en la eternidad.

Consiguen estos amigos que se haga cargo de la revista de Semana Santa, y en el año 1942 ve la luz "Momento", la más completa que ha tenido la ciudad del

Segura. En su prólogo, G. S. dice: "Momento" ama a su pequeña Jerusalén de sol que vive y representa en fe y arte la historia de su Dios."

"Hace lo que sabe y vive lo que únicamente puede vivir: un momento. Después sufrirá, ávido de vuelo y de canto, la angustia de saberse sin espacio e impotente cerrará su pico y piegará sus alas de pájaro ligero."

Aprovechando la estancia en Orihuela del gran pintor español Eduardo Vicente, con motivo de la realización de unos cuadros en la Catedral, los compañeros más íntimos de Sijé, Antonio García-Molina Martínez, José María Franco y otros, consiguen sacar al poeta de sus casillas y junto al pintor de los pintorescos madriles pasean por La Matanza, por las huertas de Molina y otras cercanías maravillosas de la decadente ciudad. Subirán seguramente al Balcón de Europa, donde está establecido el Seminario de San Miguel; contemplarán la Cruz de la Muela, la sierra de Monteagudo y al fondo la aguja celeste de la Catedral de Murcia. Pero irremediablemente pronto volvía Gabriel Sijé a su claustro y a su canción. Empezó a llamarse enfermo o creérselo, o quién sabe si a serlo de verdad. Era esbelto y más bien alto, rubio y blanco, un tanto sonrosado por las mejillas; su apariencia era de un adolescente primerizo, un tanto turbado siempre y como lejano o ajeno a lo externo. Era despreocupado, pero correcto y fino en todo momento. La depuración de su estilo artístico era más que estético, de categoría ética. Su actitud, la de su última vida, era ascética y su obra ronda el misticismo de Santa Teresa.

Durante los años 1943-45 alterna sus estampas y cuentos amorosos—amor ideal sin encarnación posible—con obras de teatro de las que sus amigos llegan a conocer una titulada "Sombras", impresionante por su simbolismo y su aparato imaginativo y verbal. Otro de sus gran-

des amigos, Antonio Escudero Esquer, en una conferencia pronunciada en el Casino Orcelitano, en el primer aniversario de la muerte del poeta, habló de la labor dramática de Sijé—casi toda inédita—que fue destruida por su propio creador. Tal fue el ansia de perfección de este poeta.

Durante esta época publicó algunos trabajos en la revista "Fantasía", en el semanario "Domingo" y en el diario "La Verdad", de Murcia. Obtuvo el Premio Concha Montalvo y otros en Córdoba y Elche. Su único libro, titulado "Del sencillo amor", salió en Madrid el año 1944 y su editor fue el ilustre oriolano Adolfo Lizón, quien presenta a su paisano con estas palabras: "Gabriel Sijé es un escritor levantino, joven en razón de su muy poca edad, pero no por pertenecer a ninguna juventud con rango y presuntuosidad literaria. Gabriel Sijé es un monje sin regla, un Rilke levantino, que enfermo, solo, alejado de las ciudades rumorosas del trabajo de los hombres, vive en un cuarto embriago de luz mediterránea, sin traspasar en años y años el umbral de su celda. Desde su rincón recoleto y silencioso, Gabriel Sijé ha recogido en "Del sencillo amor" las vibraciones sutiles, el delicado temblor de su maravilloso diapasón anímico que es él mismo. Su hambre de Dios, la mirada mielada de ternura que posa sobre las cosas, su amor sonriente y estático, hacen de los diminutos cuentos y miniaturas líricas que van en este volumen la prosa más sentida y delicadamente conturbadora de los últimos años, una prosa que tiene aroma de noche levantina, luz de luna mediterránea, fragancia de aliento divino que pasa fugitivo estremeciendo un hermoso corazón."

Además de Adolfo Lizón y Carmen Conde, otros escritores y críticos de aquellos tiempos hablaron con entusiasmo del libro de Gabriel Sijé, pero el pozo, cada día más hondo, donde él se refugiaba, se lo iba tragando

lenta e inexorablemente. A este propósito recuerdo lo que escribí con motivo de nuestra última entrevista: "Orihuela, que durante todo el año tiene un sabor único de pueblo concentrado y tradicional, en Semana Santa grana todo este fruto de oraciones, incienso y campanas silenciosas, como en una apoteosis de su genio litúrgico. Fue en una Semana Santa de los últimos años cuando conseguimos estar unas horas con Gabriel Sijé, hombre esencial de su pueblo, hundido en la soledad de muchos días sin sol, sin amigos, sin calores humanos, hambriento de perfección. Gabriel Sijé estaba de pie, alto y blanco, en la estancia de su vida y de su muerte. Su palabra inmaterial rozaba levemente nuestros nombres: Carlos Fenoll, Vicente Ramos, Manuel Molina... Y venían ungidos, como transfigurados en cánticos celestiales. Sus poemas, sus cuentos, sus débiles proyectos humanos. Nos hablaba "Del sencillo amor" y había en la sonora ausencia de su voz enamorada una tenue caricia para los diminutos personajes de sus obras que fueron sus compañeros cuando la renuncia lo apartó definitivamente de los hombres."

A su muerte, la revista alicantina "Verbo" le dedicó un homenaje, donde fue publicado el último de sus escritos y varios trabajos dedicados a su memoria. Esta estampa final es la que copiamos a continuación:

“LA ESTANCIA SILENCIOSA”

A mi hermana

“Un mundo alrededor de mi sillón vacío. Ayer, mañana, después, nunca. ¡Nunca! Vuelvo aquí como una mariposa misteriosa y nocturna; aquí donde todo se ha callado y ni una respiración osa. Me poso en mi sillón vacío, blandamente, como sólo pueden hacerlo los muertos. No puedo abrir la ventana, la recuerdo aún, después de este nunca; una ventana sin paisaje, una ventana ciega, neblinosa, llena de tactos y adivinaciones.

Ahora todas las cosas tienen fluorescencia y parecen más ligeras que el aire mismo. Son cosas de muerto que vuelan y no acaban. Nosotros también volamos en la

noche, cuando la luz de Dios nos asiste; pero las paredes quedan igual que esta ventana de mi cuarto.

Mis zapatos se han quedado en un rincón, inútiles, tímidos de rutas; ahora me parecen dos cárceles pobres y vacías. El polvo de un libro me lame los dedos de esta mano que no tiene peso. Resulta una profanación tocar estas cosas que fueron mías y que se han muerto para siempre al calor de los dedos.

Aquí escribía, con pobreza, sí, pero qué pródigo para callar aquellos gritos desgarrados que nunca oía nadie. Me esforzaba en inundar en pobre papel con el mar verde que no existe, con los pájaros que vuelan en los cuentos húmedos y tristes, y acaban, también ellos, haciéndose ligeros en la sombra de los sueños y un día se escapan para siempre, por el hueco de una ventana entreabierta. Y de vez en vez, apetecido por el corazón, un amor tierno mecido entre voces delicadas y sus nombres mis labios para pronunciarlos.

Un sillón vacío, un libro que se deshizo entre mis dedos y mi última hoja que soñaba con un mar verde, verde, con el temblor, con el eco de un último grito. Cuando os lleven a vosotros, ¿a dónde? Aquí, lejos, me parecerá que a mí también me trasladan."

COLOFON

Ultimos encuentros con Miguel Hernández)

Empujados por la guerra, arribamos a Madrid en noviembre del año 1936 Carlos Fenoll, Poveda y yo. En la Alianza de Intelectuales encontramos a Miguel Hernández que vivía allí junto a otros escritores del campo republicano. Nos presentó a Rafael Alberti y a María Teresa León, a Emilio Prados y Antonio Aparicio. Nos acogieron alegremente y nos proporcionaron—provisionalmente—cobijo y pan. Todos, menos Arturo Serrano Plaja, que llevaba cuello duro, vestían el rústico uniforme de milicianos.

Miguel Hernández, que en ningún momento se olvidaba de sus buenos sentires, nos propuso que visitáramos

mos a Vicente Aleixandre. Para él nos dio una nota de presentación, que no hizo falta, pues el poeta paisano le había hablado tanta y tan repetidas veces de cada uno de sus amigos de Orihuela, que el gran poeta sevillano nos conoció en seguida, hasta aun creo que por el tono de la voz, que en nosotros es inconfundible.

Aleixandre, enfermo, había tenido que abandonar su casa, por estar en zona de combate, y vivía en casa de unos parientes, en Españoleto, 16, que no olvidaré nunca, así como la hermosa tarde—con crepúsculo de cañones—pasada en su compañía. Alto, sonrosado, fino, afable, nadie hubiese dicho que a este hombre le flaqueaba la salud. Porque—tal y como decía Miguel—parecía todo lo contrario. Aleixandre nos leyó su libro “La destrucción o el amor” y su decir el poema era tan cálido y vivo que nos impresionó, hasta el punto de perderle el miedo a los cañones.

En la primavera del año 1937 vino a Alicante, procedente del frente Sur, Miguel Hernández, y estuvimos juntos en el Ateneo, donde el poeta dijo sus más recientes poemas épicos.

Nos volvimos a ver en el invierno del treinta y ocho, en Valencia, donde Miguel estaba en expectación de destino y vivía—lo pude comprobar—como un soldado más. Juntos en Valencia, y en el frente de Levante, encontramos algunos paisanos que sabíamos en desacuerdo con nuestros ideales, pero Miguel los acogía con la cordialidad, la franqueza y la nobleza propias de su corazón de hombre entero y verdadero.

Nuestro último encuentro fue al principio del otoño del año 1939. Mi hermana mayor me dijo que Miguel había estado en mi casa preguntando por mí y que tenía prisa por llegar a Cox, donde estaban su mujer y su hijo. Al día siguiente, a primera hora, salí para Orihuela, donde comuniqué a Carlos Fenoll la noticia. Nos pusi-

mos de acuerdo y partimos al mediodía para Cox. Cuando llegamos, Miguel dormía la siesta. Después de los abrazos de rigor, de unas ensaladas y unos vinos, le preguntamos a Miguel qué era lo que pensaba hacer. Nos dijo que había estado más de cuatro meses en una cárcel de Madrid y que había salido libre y sin ninguna denuncia, que ahora pensaba dedicarse a trabajar la tierra. “Por lo pronto—nos dijo—, mañana voy a Orihuela a ver a mis padres de la calle de Arriba y a los de la calle Mayor.” (Estos últimos eran los padres de los Sijé, que él quería tanto como a los propios.) Nosotros, Fenoll y yo, tratamos por todos los medios posibles de disuadirlo de que fuera a nuestra tierra, de que hiciera todo lo contrario, que se alejara lo antes posible y cuanto más lejos mejor. No hubo manera de convencerlo. Decía que él no era un criminal, que él no se había metido con nadie, que nadie podía tener interés en hacerle mal. Estuvimos luchando toda aquella tarde, toda aquella noche, vísperas de su santo.

A la mañana siguiente, Carlos Fenoll y yo partimos para Alicante y él para Orihuela. Unas horas después fue detenido en su pueblo, maltratado y procesado. Una lluvia de denuncias calló sobre él. Fue trasladado a Madrid a primeros de diciembre, junto con un voluminoso expediente de acusación. De su condena da cumplida noticia esta carta que acabamos de encontrar: “A Manuel Machado, académico de la Lengua: Mi querido amigo: ¿Qué importan diferencias políticas o ideas contrarias cuando entre dos personas existen antiguos afectos? Estimulado por esta creencia no dudo un solo momento en pedirte, como poeta que eres y como hombre de corazón, que influyas cuanto puedas y salves así la vida de Miguel Hernández, que acaba de ser condenado a muerte. No insisto porque creo que ello sería ofenderte.

Gracias, querido Manolo, y recibe un abrazo de tu viejo camarada Antonio de Lezama.”

Embajada de Chile, 25 de enero de 1940.

Ref.: Archivo Manuel Machado. Diputación Provincial de Burgos.

Y este fue el principio del fin de un hombre que vivió con la alegre tristeza del olivo.

NOTA A LA EDICIÓN

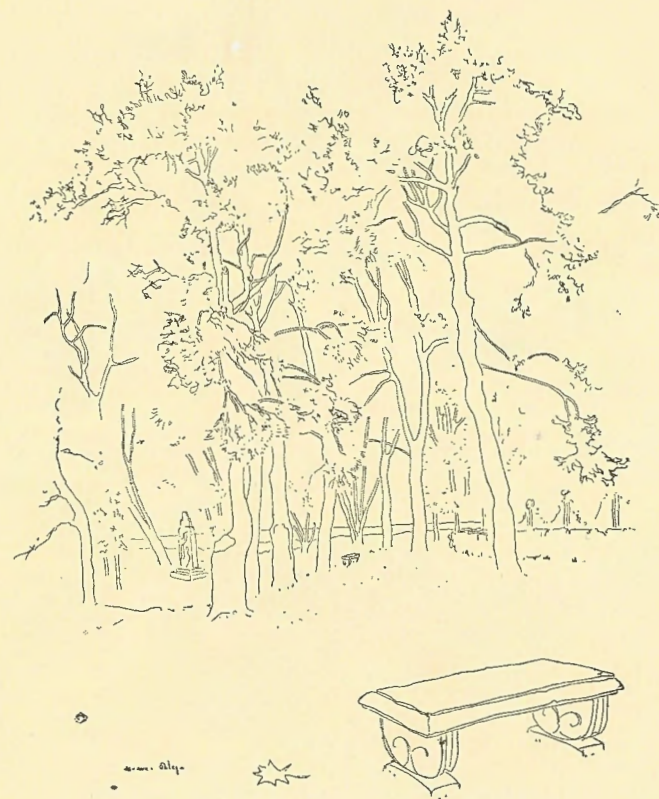
Siempre he sostenido que al enjuiciar a un artista es de capital importancia la constatación de sus valores humanos. La obra de arte, la vida en general, no es más que un trasfondo de lo que llevamos dentro constituyendo nuestro propio yo. Más aún si de la expresión creadora se trata. Pero esto se acrecienta aún más todavía cuando pretendemos y, como en este caso consigue Manuel Molina, revivir episodios que, tal vez anecdóticamente ya pasaron, pero que por la fuerza misma del recuerdo, de la huella que dejaron en el alma sensible que los viviera, adquieren vigencia de eternidad.

Este y no otro es el caso de Miguel Hernández en relación con su amigo, casi hermano, de niñez e infancia. Podemos afir-

mar que uno y otro, tanto Miguel como Molina, son en sí un todo. M. M. nos relata cómo únicamente un poeta puede y debe hacerlo, ~~sta~~ vivencias junto a Miguel y lo hace con ese peculiar gusto y estilo propio del que habla con sinceridad. Esta es, a nuestro juicio, la principal valoración de Molina, su honradez, su honestidad espiritual que le lleva a ser en todo momento fiel consigo mismo. Última y mayor exigencia que se puede pedir al hombre.

En cuanto a su obra, bástenos decir que está de acuerdo con sus principios y en este caso particular no desmerece de la del altísimo poeta que fue, que sigue y seguirá siendo de por siempre, Miguel Hernández.

ANGEL CAFFARENA



Consta la edición de 200 ejemplares numerados a mano
del 1 al 200. Se imprimió en Sur, hoy Dardo, Avenida del
Generalísimo, 33, Málaga, el día 20 de septiembre 1969.

Ejemplar núm. 48

*Las publicaciones de El Guadalborce están integradas en el Instituto de
Estudios Malagueños, Patronato José María Cuadrado, del Consejo
Superior de Investigaciones Científicas.*